

La historiografía romana

1 Definición

La historiografía es el estudio y narración de hechos del pasado. En el caso de la historiografía romana, esto se acompaña de una intención moralizadora. Para el romano, conocer el pasado nos permite aprender y no repetir los errores.

2 Orígenes

La crónica oral de hechos del pasado es una tendencia natural del ser humano. No obstante, en algún momento se empieza a escribir esas narraciones. La fase siguiente es la recopilación y estudio de dichas narraciones. Las inevitables divergencias entre unas y otras hacen necesaria la investigación para llegar a dilucidar la verdad. Allí es cuando empieza la historiografía.

3 Antecedentes

La historiografía nació en Grecia. Los historiadores griegos influyeron mucho sobre los romanos, pero especialmente dos de ellos:

Tucídides: de él tomaron los romanos el sentido moral de la historia y la reflexión sobre la calidad moral de los personajes y acontecimientos.

Polibio: influyó mucho sobre los romanos ya que vivió en Roma y perteneció a los círculos literarios de la ciudad, como el círculo de los Escipiones. Por otra parte, él mismo escribió sobre la historia de Roma, intentando comprender cómo esta había conseguido convertirse en la potencia hegemónica del Mediterráneo. Fue un historiador concienzudo, reflexivo y ávido de conocer la verdad. Por ello no dudaba en desplazarse hasta el teatro de los acontecimientos si hacía falta.

4 Fuentes

Las fuentes que utilizaban los historiadores romanos eran sobre todo:

Los textos de otros historiadores: Tito Livio, por ejemplo, se basó sobre todo en los textos de otros historiadores y en la comparación entre ellos para escribir su historia de Roma.

Los testimonios orales

Los archivos de los colegios sacerdotales: los sacerdotes anotaban en registros los acontecimientos más importantes, así como los "prodigios" (rayos que herían estatuas, lluvias extrañas etc.). Dos de esos textos son:

- **Los "Annales pontificum" (Anales de los pontífices):** recopilaciones hechas por los pontífices de los días fastos y nefastos
- **Los "libri augurales".**

Los documentos oficiales: tratados, leyes, senadoconsultos (decretos del senado), listas de magistrados anuales, listas del censo.

Los archivos familiares: las familias patricias tenían sus propios archivos en los que consignaban los cargos y hazañas de sus miembros. Eran relatos a menudo embellecidos o falsificados.

Las "laudationes funebres": discursos de alabanza a los difuntos pronunciados por un miembro de la familia el día de los funerales. Se guardaba una copia en los archivos familiares.

Historiadores de la época de la república

Analistas

Los primeros historiadores romanos (siglos III y II a.C.) fueron los analistas (denominación global para varios historiadores). Se les llama así por la palabra latina "annales", de "annus" que significa "año" (Recuerda los "Annales pontificum" citados anteriormente). Los anales eran relatos de acontecimientos por orden cronológico y no por temas. Así pues los primeros analistas romanos, que escribían en griego y no en latín, se contentaron con narrar los hechos acaecidos sin establecer relaciones temáticas o de causa y efecto, entremezclándolos, eso sí, con fábulas y relatos de prodigios. Aparte de su falta de respeto por la realidad escribían además con notable parcialidad, desde un punto de vista aristocrático y nacionalista.

Catón el Censor (234 a.C.-149 a.C.)

Biografía:

Fue un político romano. Luchó contra Aníbal a las órdenes de Quinto Fabio Máximo y dirigió, como cónsul, una campaña militar en Hispania extremadamente cruenta.

Era un hombre inteligente, brillante orador, austero, duro y profundamente tradicionalista. Odiaba la cultura griega y a todos aquellos que se apartaran de la tradición romana, como los Escipiones, mucho más helenizados.

Obra:

"Los orígenes": En esa obra encontramos ya una evolución respecto a los analistas pues Catón, además de escribir en latín, no concibe la historia como una serie de hazañas de los grandes generales romanos, sino que centra su interés en las principales ciudades de Italia y en el pueblo romano como verdadero protagonista de la historia.



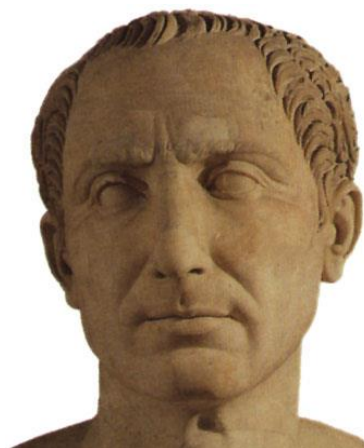
César (100-44 a.C.)

Biografía:

Descendiente de una familia patricia noble, pero completamente arruinada, César hizo carrera en la política en la facción de los populares. Se inclinó desde muy joven por esa opción por el matrimonio de su tía Julia con Mario, el líder de los populares. Su matrimonio posterior con Cornelia Cina, hija de otro líder de los populares, reforzó su pertenencia a dicha facción. Durante la dictadura de Sila (del bando contrario) tuvo incluso que huir de Roma para salvar la vida y optó por pasar unos años en Asia hasta la muerte de Sila.

A su regreso empezó su carrera política, que fue brillante gracias a su inteligencia, encanto, elocuencia, carisma y notable personalidad.

Era idolatrado por el pueblo. Como la carrera política era muy cara en Roma, se alió con Craso, uno de los hombres más ricos de la ciudad, que le financió económicamente. Fue un político revolucionario que gobernó a veces con métodos expeditivos y cuyo mayor empeño fue lograr una reforma agraria. El general



más influyente de Roma en aquella época era Pompeyo. César medió entre Craso y Pompeyo (acérrimos enemigos) y consiguió reconciliarlos. Los tres llegaron a un acuerdo para repartirse el poder en la urbe: el triunvirato. César casó a su hija Julia con Pompeyo para sellar esa alianza.

Al finalizar su año de consulado, recibió el gobierno de la Galia Cisalpina, Narbonense e Iliria para 5 años. Utilizó esa situación como trampolín para desarrollar la parte más brillante de su carrera militar. César ya tenía experiencia en ese terreno (e incluso una condecoración), pero nunca había dispuesto de tantas tropas para lograr sus objetivos. En 7 años conquistó la Galia, realizó dos expediciones a Britania y dos a Germania, consiguiendo un enorme botín y haciéndose aún más famoso.

Estas hazañas provocaron los celos de Pompeyo. La muerte de su hija Julia (esposa de Pompeyo) y la de Craso dejó a ambos hombres frente a frente. Cuando el senado nombró a Pompeyo cónsul *sine collega*, este empezó a maniobrar contra César. César no se atrevía a volver a Roma sin ejército por miedo a ser encarcelado, e intentó llegar a un acuerdo con Pompeyo proponiendo licenciar ambos sus ejércitos, pero Pompeyo se opuso y obligó al senado a rechazar el acuerdo. Esto hizo estallar la guerra civil entre ambos generales, líderes cada uno de una de las dos facciones.

Esa guerra civil fue muy larga y cruenta, y tuvo tres escenarios: Grecia, África e Hispania. La ganó César y aprovechó la ocasión para instaurar un nuevo tipo de gobierno, unipersonal (lo que sería el germen del imperio). Hizo muchas reformas: reformó el calendario, distribuyó tierras a los soldados, reformó el abastecimiento de las provincias e impulsó la romanización. Los optimates acabaron reaccionando y lo asesinaron en el 44 a. C., liderados por Casio y Bruto. Así empezó otra guerra civil.

Obra

1-Obra no histórica:

Sabemos de César que fue un gran orador y que escribió desde tragedias hasta tratados de gramática, pero esas obras no nos han llegado.

2-Obra histórica

La guerra de las Galias

La guerra de las Galias fue primero una serie de informes al senado para justificar sus campañas militares o conseguir una prorrogación de sus poderes proconsulares. Hay que tener en cuenta que esa guerra no había sido decidida por el senado, sino que fue el resultado de una política agresiva de César. Todo empezó cuando los helvecios decidieron emigrar y se pusieron en marcha casi 400 000 personas. En su camino saquearon las tierras de los eduos, que pidieron ayuda a los romanos. A partir de allí se inició el conflicto. Las tribus galas estaban muy desunidas y era frecuente que unos pidieran ayuda a los romanos contra los otros. Poco a poco, campaña a campaña, César fue desarrollando su plan de conquista total, aunque tuvo que hacer frente a una gran rebelión, la de Vercingétorix.

Estos informes escritos para el senado fueron luego publicados con una finalidad política: dar a conocer al pueblo las grandes hazañas de César.

La guerra civil

Fue escrita por César para justificar su actuación en la guerra civil, presentando a Pompeyo y al senado como responsables del conflicto.

Características de esas obras

No debemos olvidar que estos dos libros son obras de propaganda y para conseguir sus objetivos César utiliza varios recursos:

- Una narración de aparente simplicidad y objetividad.

- Nunca utiliza la primera persona para referirse a sí mismo (el "yo"), sino siempre la tercera (él, César etc.). Produce así un distanciamiento que nos hace olvidar que está hablando de su propia persona, y, por tanto, subjetivamente. Crea una falsa ilusión de objetividad.
- Cuando le interesa, separa en la narración acontecimientos lógicamente concatenados.
- Explica su propio punto de vista antes del relato de los hechos.
- Omite los detalles que podrían resultarle desfavorables.

Continuadores

Existen otras tres obras que relatan las campañas que formaron parte de la guerra civil. Se les llama "corpus caesarianum":

- La guerra de Alejandría
- La guerra de África
- La guerra de Hispania

Esas obras están escritas en un estilo distinto y de peor calidad, por lo que se sospecha que fueron escritas por algún oficial de César.

Texto

Según el relato de César la víspera, en vez de exterminarlas, había permitido que las tropas de Afranio y Petreyo se retiraran con facilidad. Los soldados del bando enemigo, agradecidos por su generosidad, aprovecharon la ausencia de sus generales, Afranio y Petreyo, para entablar conversaciones de paz:

Aprovechando los soldados la oportunidad de entablar conversaciones que su ausencia les ofrecía, sin distinción salen adelante y preguntan cada cual por los conocidos o paisanos que tienen en el campamento de César, y los llaman afuera. Todos empiezan por darles a cada uno las gracias por la consideración que les habían tenido el día anterior, en medio de su pánico: a un favor suyo debían el seguir con vida. Luego les preguntan a propósito de la caballerosidad de su general, si harían bien en confiarse a él, y se duelen de no haberlo hecho desde un principio y de haber llevado sus armas contra las personas de sus propios allegados y parientes. Animados con estas conversaciones, piden garantía de su general para las vidas de Petreyo y Afranio, no fuese a sospecharse que habían albergado intenciones criminales o entregado a los suyos a traición. Obtenida seguridad en estos extremos, aseguran ellos que pasarán inmediatamente las enseñas, y envían a César, como comisionados para las gestiones de paz, a los centuriones de los primeros rangos. Mientras tanto, unos se llevan invitados a sus amigos al campamento, a otros se los traen los suyos, hasta el punto de que ya parecían reunidos en uno los dos campamentos; bastantes tribunos y centuriones se presentan a César y se confían a él. Esto mismo hacen los primates hispanos que ellos habían llamado a su lado y tenían consigo en el campamento a modo de rehenes. Buscaban éstos a sus conocidos y allegados por hospitalidad, por medio de los cuales pudiese cada uno ser presentado y recomendado a César. Incluso un hijo, joven, de Afranio negociaba con César, por mediación del lugarteniente Sulpicio, en favor de su vida propia y la de su padre. Todo estaba lleno de alegría y felicitaciones, unos, por haber escapado a tan graves riesgos, los otros por haber terminado incruentamente unas campañas de tal envergadura; mientras César recogía, según la apreciación general, el espléndido fruto de su clemencia de la víspera, y su decisión era elogiada de todos.

Notificado a Afranio lo que acontecía, abandona las obras emprendidas y se retira al campamento, dispuesto, al parecer, a encajar con paciencia y ecuanimidad cualquier infortunio que pudiese aguardarle. Petreyo, en cambio, no se entrega. Arma a sus esclavos; con ellos y su cohorte pretoria de rodeleros y unos cuantos jinetes del país, protegidos suyos, que solía emplear como escolta personal, se presenta volando, de improviso, ante la empalizada, corta las conversaciones de los soldados, expulsa a los nuestros del campamento; a los que alcanza, les da muerte. (...)

Hecho esto Petreyo, con lágrimas en los ojos, va de manípulo en manípulo, interpela a los soldados y les suplica que no le entreguen a él ni a Pompeyo, su generalísimo ausente, a sus adversarios para el suplicio. Rápidamente se produce una afluencia ante el pretorio. Les requiere a que juren todos que no abandonarán el ejército ni a sus jefes, ni les entregarán a traición, ni tomarán decisiones a espaldas de los demás. Jura él en dichos términos el primero; idéntico juramente le exige a Afranio; siguen los tribunos y centuriones; los soldados, avanzando por centurias, juran los mismo.

Pregónase la orden de que cuantos tuvieran consigo algún soldado de César, lo entregaran; una vez entregados, les dan muerte en presencia de todos, ante el pretorio. Pero a la mayoría los ocultan quienes les habían acogido y, de noche, los hacen salir por la empalizada. Así el terror producido por los jefes, su crueldad en el suplicio y el lazo de un nuevo juramento frustraron la esperanza de una rendición inmediata....

Cornelio Nepote (100 a.C-25 a.C)

Biografía:

Se conoce poco de su biografía. Se sabe que era transpadano, como Catulo, pero no conocemos siquiera su lugar de nacimiento. No hizo carrera política ni desempeñó ningún cargo, sino que se dedicó a la literatura. Como era de una familia ecuestre acomodada, pudo dedicarse a ello sin problemas económicos.

Obra:

"De viris illustribus" (Sobre los hombres ilustres)

Son 16 libros de biografías de reyes, generales, oradores, juristas, filósofos etc. De estos libros solo se conserva el tercero (sobre destacados generales extranjeros) y fragmentos de otros. La biografía más interesante es la de Aníbal, al que describió con notable imparcialidad.

Salustio (85- 35 a.C.)

Biografía:

Contemporáneo de César y protegido suyo Salustio desarrolló toda su carrera política al amparo de este. Completó más o menos su *cursus honorum* con notables altibajos como su expulsión del Senado en el 50 a.C. Se trataba pues de un político poco escrupuloso (fue acusado de concusión tras su proconsulado en Numidia) y que participó activamente en todas las luchas políticas de su tiempo. La muerte de César significó el fin de su carrera política.



En sus obras adopta una actitud moralista, que no concuerda con su propia vida, y fustiga duramente a la sociedad de su época, incluyéndose a sí mismo en sus críticas (aunque luego se auto disculpa con excusas poco convincentes). ¿Hipocresía o amarga reflexión de un hombre desencantado? El caso es que nos lega un cuadro muy pesimista de la sociedad de su época.

Elige temas aparentemente triviales (la guerra de Yugurta y la conjuración de Catilina) sobre los cuales tenía información de primera mano (fue procónsul de Numidia y vivió la crisis causada por Catilina) y que le permitían hacer el retrato de los hombres más importantes de su época (César, Cicerón etc.) o de la anterior (Mario, Sila, Metelo...). Se supone que sus obras tenían una intencionalidad política, ya fuera defender a César (La conjuración de Catilina) o demostrar la decadencia de los nobles de Roma (La Guerra de Yugurta).

Obras:

- **La conjuración de Catilina:** descripción del intento de sedición de Catilina y de la actuación de Cicerón.
- **La guerra de Yugurta:** descripción de la guerra contra ese rey de Numidia.
- **Historias**

Su estilo es claro, a veces seco, con un lenguaje ligeramente arcaico, combina viejos giros latinos y construcciones imitadas del griego, busca de modo preconcebido la asimetría y la sorpresa. Destacan especialmente los retratos o etopeyas, de gran penetración psicológica, y los discursos que pone en boca de sus personajes, muy trabajados y con sentencias breves y brillantes.

Texto

Aquí Salustio pone en boca de Mario un discurso contra los llamados "optimates" o miembros del partido senatorial. Recordarás que Mario, tío político de César, era miembro del partido democrático o popular, enfrentado a la oligarquía senatorial. En su discurso reprocha a estos el vivir del recuerdo de las hazañas de sus antepasados, en la molicie, despreciando a los que, como él, se habían labrado su propio triunfo, pero no tenían ilustres antepasados. Su filosofía es la de que uno vale por sí mismo y por las acciones que haya hecho en beneficio de su país, no por su origen familiar. Sin embargo esta filosofía, loable en sí misma, queda empañada por los defectos de Mario que en este texto ya resultan evidentes: es un soldado rudo y para él todo signo de cultura y refinamiento es signo de debilidad ("las delicadezas les están bien a las mujeres"). Mario fue un gran general, pero un político cruel. Acabó vencido por Sila, uno de esos miembros de la oligarquía senatorial al que siempre despreció por sus poco varoniles (en su opinión) refinamientos. Probablemente el viejo general no llegó nunca a comprender cómo un hombre, al que él consideraba afeminado, podía ser más inteligente, atrevido, tenaz y cruel que él.

Mis discursos no están hechos con arte, y me importa poco. El mérito se muestra suficientemente por sí mismo: ellos son los que tienen necesidad de artificios para encubrir con palabras sus torpes hechos. Tampoco he aprendido las letras griegas: poco gusto tenía de aprenderlas, pues a sus propios maestros de nada habían servido para alcanzar la virtud. En cambio he sido instruido en todas aquellas cosas que son, sin comparación, las de más provecho para la patria: herir al enemigo, hacer guardias, no temer nada sino la deshonra, sufrir igualmente el frío y el calor, dormir sobre el suelo, conllevar a un tiempo la necesidad y el trabajo. Con estas enseñanzas exhortaré a mis soldados: no los tendré en estrechez mientras yo me trato con regalo, ni haré mi gloria con su fatiga. Éste es el mando provechoso, el propio de ciudadanos, porque vivir en la molicie uno mismo y tener forzado al ejército con castigo es ser amo y no general. Con tales normas de conducta se hicieron vuestros mayores famosos, a sí mismo y a la república. La nobleza, apoyándose en estas glorias, cuando ella misma es de tan diferentes costumbres, nos desprecia a nosotros, los émulo de aquellos, y reclama de vosotros los honores todos, no en razón de merecimiento, sino como cosa que se les debe. Por lo demás, andan bien descaminados esos hombres tan llenos de arrogancia: sus mayores les dejaron todo lo que pudieron dejarles, las riquezas, las imágenes, el recuerdo glorioso de sí mismos; el valor ni se lo dejaron, ni podían dejárselo, porque es lo único que no se da ni se recibe de regalo. Dicen que soy mezquino y de rudas costumbres porque no sé preparar bien un banquete, porque no tengo histrión alguno y no he pagado más dinero por mi cocinero que por mi capataz de labranza. Con gusto lo confieso, quirites; porque aprendí de mi padre y de otros varones respetables que las delicadezas les están bien a las mujeres y a los hombres el esfuerzo; que a todas las personas de pro les conviene tener más gloria que riquezas; que las armas, y no el ajuar, es lo que da la honra. Así pues, sigan ellos haciendo lo que les agrada, lo que tienen en tanta afición: dense al amor y a la bebida; pasen la vejez donde pasaron la juventud: en los banquetes, cautivos de su estómago y de la parte más vergonzosa de su cuerpo; déjennos a nosotros el sudor, el polvo y otras cosas semejantes, que nos dan más gozo que los festines.

Polión:

Sus obras no nos han llegado.

Historiadores de la época imperial

La historiografía latina siempre tuvo un carácter moralizante y político. A partir del imperio se acentuarán estas características. Se producirá además una radicalización política: habrá historiadores adictos al nuevo régimen, simples aduladores del emperador de turno, y enemigos acérrimos de este. La censura establecida por los emperadores se encargaría de hacer destruir la obra de los más críticos. Los mejores historiadores del periodo (Tito Livio y, años después, Tácito) tampoco son partidarios del régimen imperial. El primero (Tito Livio) escribió su obra durante el reinado de Octavio Augusto (es decir, en los primeros años del imperio) y esta es una apología del sistema republicano y de las "prístinas" virtudes romanas. Da una imagen muy idealizada de ese periodo. El segundo (Tácito) escribe en la época de los Antoninos, una época de paz y prosperidad, ciertamente, pero en la que aún estaba vivo el recuerdo de los abusos y desmanes de la dinastía Julio-Claudia o de Domiciano. La visión de Tácito será pues mucho más pesimista.

Tito Livio (64 o 59 a.C.-17 p.C.)

Biografía:

Nació en Padua en un ambiente burgués y de ideas republicanas. Historiador fecundo, trabajó durante 40 años en los 142 libros de los que constaba su historia de Roma (*Ab urbe condita*) y compuso una obra monumental de la que gran parte se ha perdido.

Gozó de la amistad de Augusto, a pesar de sus simpatías republicanas, porque en su obra encontramos la defensa de los mismos valores que Augusto trataba de recuperar: patriotismo, virtud y moralidad.

Obra:

"Ab urbe Condita" (Desde la fundación de la ciudad): obra de 142 libros que cuenta la historia de Roma desde sus orígenes.

Su estilo es periódico, con periodos densos y simétricos, expresiones antiguas, metáforas abundantes y atrevidas, comparaciones, discursos frecuentes y bien contruidos (elaborados por el propio autor y sin base histórica), descripciones dramáticas y rica imaginación.

Se le reprocha el hecho de que consigne los hechos fabulosos y prodigios, a menudo sin cuestionarlos, actitud esta impropia de un historiador. Tampoco sigue un método histórico muy riguroso ya que utiliza como fuentes a historiadores anteriores, algunos de ellos más que discutibles, sin recurrir a documentos auténticos y eligiendo de diversas versiones aquella que más verosímil le parece.



Texto

El siguiente texto de Tito Livio narra la historia de Cincinato (traducción de José Antonio Villar Vidal). . Es muy probable que se trate de una historia legendaria, pero, sea cierta o no, encarna perfectamente el ideal romano: un hombre sencillo, frugal, que vive sin lujos ni ostentaciones, inteligente y capaz de salvar a su ciudad cuando ésta lo necesita, pero que renuncia tranquilamente al poder para volver a su arado. El contexto es este: el ejército del cónsul Lucio Minucio había quedado cercado por los ecuos. Urgía romper el cerco para liberar a los soldados. Se pensó que Lucio Quincio Cincinato era el hombre adecuado para dirigir la operación de rescate y poner orden en la caótica situación.

"Merece la pena que presten atención los que menosprecian todo lo humano, a excepción de las riquezas, y creen que no hay cabida para un gran honor ni para el valor, a no ser allí donde las riquezas corren a raudales. Lucio Quincio Cincinato, única esperanza del imperio del pueblo romano, cultivaba al otro lado del Tíber (...), un campo de cuatro yugadas (...). Una delegación, después del intercambio de saludos, le rogó que, para bien suyo y del Estado, vistiese la toga para escuchar las instrucciones del Senado. Sorprendido, pregunta varias veces: "¿Ocurre algo grave?" y manda a su esposa Racilia que traiga enseguida la toga de su choza. Tan pronto como se acercó vestido con ella después de limpiarse el polvo y el sudor, los legados lo saludan como dictador¹, felicitándolo, le dicen que vaya a la ciudad, y lo informan del pánico que reina en el ejército (...)

Al día siguiente el dictador, después de acudir al foro antes del amanecer, nombra jefe de caballería a Lucio Tarquicio (...). Acompañado por el jefe de caballería acude a la asamblea, proclama la clausura de los tribunales, ordena que se cierren las tiendas en toda la ciudad, prohíbe que nadie realice negocio privado alguno; ordenó que los que estuviesen en edad militar se presentasen en el Campo de Marte antes de la puesta del sol, con alimentos cocidos para cinco días y con doce estacas (...). Todos se presentaron prontamente de acuerdo con las órdenes del dictador. A continuación, formadas las tropas en orden de combate (...), el propio dictador se pone a la cabeza de las legiones y el jefe de caballería a la cabeza de sus jinetes (...). A media noche llegan al Álgido y, al saber que están cerca del enemigo, hacen alto (...). Entonces, en el orden en que había realizado la marcha, despliega todo el ejército en una larga línea en torno al campamento enemigo y ordena que, cuando se dé la señal, todos a la vez lancen el grito de guerra; dado el grito, que cada uno cave una trinchera delante de sí y levante una estacada. Transmitida la orden, siguió la señal. Los soldados cumplen lo dispuesto."

(El ejército cercado, al comprender que le habían llegado refuerzos, empieza a atacar desde dentro, con lo que los ecuos se ven atrapados entre dos fuegos. Los romanos consiguen la victoria y Cincinato reparte el botín entre sus soldados.)

“En Roma el Senado, reunido por el prefecto de la ciudad Quinto Fabio, dispuso que Quincio entrase triunfalmente en la ciudad con las tropas en columna tal como venían. Desfilaron delante de su carro los jefes enemigos, precedidos por sus enseñas militares; detrás el ejército cargado con el botín. Dicen que había un festín preparado delante de cada casa y que los comensales, entonando el canto de triunfo con las chanzas rituales, a modo de alegre cortejo marchaban detrás del carro (...)

Quincio abandonó, al cabo de dieciséis días, la dictadura que había recibido por seis meses.”

Tácito (55-120 p. C.):

Biografía:

Vivió en la segunda mitad del siglo I d.C. y principios del II. Fue un alto funcionario, ya que fue cónsul sustituto y luego procónsul en Asia. Escribió su obra bajo el gobierno de Nerva y Trajano, la época dorada del Imperio. A pesar de ello la reflexión sobre las etapas inmediatamente anteriores le hacen trazar un cuadro amargo y pesimista del principio del régimen imperial y los primeros emperadores.



Obras:

- **Diálogo de oradores:** obra de crítica literaria en la que compara la poesía y la oratoria y reflexiona sobre las causas de la decadencia de la oratoria.
- **Agrícola:** biografía de su suegro.
- **Germania:** descripción de las tribus de más allá del Rin.
- Obras históricas:

Historias: Narra el periodo desde la muerte de Nerón a la de Domiciano.

Anales: Desde la muerte de Augusto a la de Nerón.

Tácito es probablemente el mejor historiador romano, no sólo por su estilo, vigoroso, conciso, a veces oscuro, con una gran concentración expresiva y construcciones arcaicas poéticas, dramatismo y penetración psicológica, sino también por su buena documentación (fue un alto funcionario y utilizó abundantemente los archivos imperiales). Cae no obstante en el mismo defecto que los otros historiadores romanos que es el de poner en boca de sus personajes discursos contruidos por él. El gran valor de la obra de Tácito es que nos da un retrato muy vivo de la época que describe y un estudio psicológico de los personajes.

TEXTO

En el siguiente pasaje Tácito cuenta cómo los galos, que ya habían conseguido la ciudadanía romana, pidieron que se les permitiera también ser miembros del Senado. Las opiniones al respecto eran encontradas, pues unos defendían los privilegios de los de origen romano o italiano, mientras que el emperador Claudio, en el discurso que vas a leer a continuación, consideraba que la integración total de los pueblos vencidos era no sólo una práctica ya muy antigua, sino incluso la más recomendable. Ese proceso de integración culminaría en la época de los Antoninos, cuando empezaron a subir al trono emperadores que no eran de origen romano. Puedes comparar el imperio romano con los otros imperios o procesos de colonización que conoces. ¿Se ha producido el mismo fenómeno en algún otro? ¿Qué opinas tú de los procesos de integración entre los pueblos? Busca en tu contexto actual situaciones en las que se puede dar el mismo enfrentamiento entre los que quieren defender sus privilegios y los que son partidarios de la integración.

En el consulado de Aulo Vitelio y Lucio Vipstano cuando se trató de completar el Senado, los notables de la Galia llamada Comata, que ya tiempo atrás habían conseguido la condición de federados y la ciudadanía romana, pidieron el derecho de alcanzar cargos en la Ciudad, lo que provocó muchos y variados comentarios. Ante el príncipe se enfrentaban intereses contrapuestos: se afirmaba que Italia no estaba tan decaída que no fuera capaz de proporcionar un Senado a la capital; que antaño los indígenas les habían bastado a los pueblos consanguíneos, y que no había que avergonzarse

de la antigua república. Aún más, se recordaban todavía los ejemplos de virtud y de gloria que la casta romana había dado según las viejas costumbres, ¿era todavía poco el que ya los vénetos e ínsubres hubieran irrumpido en la curia, para meter ahora en ella a una tropa de extranjeros, como a un grupo de cautivos?; ¿qué honor les quedaba ya a los nobles supervivientes o a algún senador pobre del Lacio, si lo había? Decían que todo lo iban a llenar aquellos ricachones cuyos abuelos y bisabuelos, jefes de pueblos enemigos, habían destrozado a nuestros ejércitos por la violencia de las armas y habían asediado en Alesia al divino Julio. Y todo esto eran cosas recientes; pues ¿qué decir si se recordaba a quienes al pie del Capitolio y de la ciudadela de Roma habían caído a manos de aquel mismo pueblo?; que gozaran en buena hora del título de ciudadanos, pero que no pretendieran rebajar las insignias del Senado y los honores de los magistrados.

El príncipe no se dejó impresionar por estos y parecidos comentarios; no sólo se pronunció al momento contra ellos, sino que además, convocando al Senado, empezó a hablar en estos términos: "Mis mayores, de los que Clauso -el más antiguo-, siendo de origen sabino, fue admitido a un tiempo en la ciudadanía romana y entre las familias patricias, me exhortan a proceder con parejos criterios en el gobierno del Estado, trayendo aquí a lo que de sobresaliente haya habido en cualquier lugar. En efecto, tampoco ignoro que a los Julios se los hizo venir de Alba, a los Coruncanios de Camerio, a los Porcios de Túsculo ni, por no entrar en detalles de la antigüedad, que se hizo entrar en el Senado a gentes de Etruria, de Lucania y de toda Italia; que al fin se extendió ésta hasta los Alpes, para que no sólo algunos individualmente, sino también tierras y pueblos se unieran a nuestro nombre. Tuvimos entonces sólida paz interior; también gozamos de prosperidad en el extranjero cuando fueron recibidas en nuestra ciudadanía las gentes de más allá del Po, cuando, con el pretexto de nuestras legiones repartidas por el orbe de la tierra, incorporando a los provinciales más valerosos, se socorrió a nuestro fatigado imperio. ¿Acaso nos pesa que los Balbos desde Hispania y varones no menos insignes desde la Galia Narbonense hayan pasado a nosotros? Aún quedan descendientes suyos, y no nos ceden en amor a esta patria. ¿Cuál otra fue la causa de la perdición de lacedemonios y atenienses, a pesar de que estaban en la plenitud de su poder guerrero, si no el que a los vencidos los apartaban como a extranjeros? En cambio, nuestro fundador Rómulo fue tan sabio que a muchos pueblos en un mismo día los tuvo como enemigos y luego como conciudadanos. Sobre nosotros han reinado hombres venidos de fuera; el que se encomienden magistraturas a hijos de libertos no es, como piensan muchos sin razón, algo nuevo, sino que fue la práctica de nuestro viejo pueblo. Se objetará que hemos guerreado con los senones: ¡como si los volscos y los ecuos nunca hubieran desplegado sus ejércitos contra nosotros! Fuimos cautivos de los galos, pero también hubimos de entregar rehenes a los etruscos y de tolerar el yugo de los samnitas. (...) Unidos ya a nuestras costumbres, artes y parentescos, que nos traigan su oro y riquezas en vez de disfrutarlas separados. Todas las cosas, senadores, que ahora se consideran muy antiguas fueron nuevas: los magistrados plebeyos, los de los restantes pueblos de Italia tras los latinos. También esto se hará viejo, y lo que hoy apoyamos en precedentes entre los precedentes estará algún día."

Suetonio (75-160 p. C.)

Biografía:

Era de familia ecuestre y tuvo formación en literatura, gramática y retórica. Gracias a su amistad con Plinio el joven entró en la burocracia imperial con Trajano donde hizo carrera llegando a ser secretario de Adriano. Acabó cayendo en desgracia por su amistad con la emperatriz y fue expulsado de la corte. A partir de ese momento se dedicó a la vida literaria.

Obra:

"Los doce Césares": biografía de los doce primeros emperadores.

Disponía de una información de primera mano ya que trabajó como secretario personal "Ab epistulis" (archivero) bajo Adriano y tenía acceso a todos los documentos públicos y privados de los emperadores. Esto le permitió contar detalles curiosos y desconocidos de dichos personajes, pero tampoco se puede considerar como absolutamente verídico todo lo que relata, pues Suetonio, aparte de la información extraída de los archivos, era también muy dado a contar todos los cotilleos.

Amiano Marcelino (330-400 p.C.)

Biografía:

No era romano, sino griego de Antioquía. Sirvió bajo Constancio II y Juliano, al que admiraba. Era un oficial, inteligente y activo, con un cargo prestigioso, pues pertenecía a la guardia personal imperial. Fue fiel al paganismo (como Juliano) y esto dificultó bastante su vida en una época en la que los cristianos controlaban los círculos de poder. Pasó los últimos años de su vida en Roma para dedicarse a la carrera literaria.

Obra:

Historias: se propuso continuar la obra del citado Tácito en el punto en el que este la había dejado. Gracias a él conocemos los últimos años del imperio romano y los reinados de emperadores como Constancio II, Juliano, Joviano, Valentiniano I y Valente y los primeros años de Graciano.

Introducía además digresiones etnográficas y geográficas de gran interés y relatos de sus propias experiencias. Con todo esto nos dio una información de primera mano sobre su época y, sobre todo, los ambientes castrenses.

Se puede considerar a Amiano Marcelino como el último gran historiador romano. Sus sucesores serán ya historiadores cristianos y escribirán desde una perspectiva distinta que se puede considerar como propia ya de una nueva civilización. El vehículo utilizado, la lengua latina, es el mismo, pero el espíritu genuinamente romano fue reemplazado por otra filosofía de la vida.